

¡Es *el piloto* sagrado que vela sobre mí, y responde de mi alma, de mi virtud, de mi perseverancia, de mi salvación, sin pedirme más que una cosa: *permanecer en el navío que él conduce!*

¡Con él puedo vivir en paz, trabajar en paz, dormir en paz!

¡Con él no hay turbaciones, ni inquietudes, ni aprensiones!

¡Al llegar al puerto, él es quien hablará por mí, responderá por mí, y me adornará con sus gracias y virtudes!

¡Oh, divina obediencia, compañera de Jesús, me entrego á ti, me abandono en ti! ¡Hazme tu discípula, tu hermana, tu hija!

## QUINTA OBLIGACIÓN DE LA RELIGIOSA

### ORAR

«No quisiera — dice san Ligorio — hacer nunca otra cosa en mis predicaciones y en mis escritos, que repetir continuamente: ¡*Orad!* ¡*Orad!*»

»Entre los libros que he compuesto no creo que ninguno sea más útil que el del *Gran medio de la oración*, y, si pudiera, mandaría imprimir tantos ejemplares como fieles hay en el mundo, á fin de distribuirlos á todos y hacerles comprender la necesidad que todos tenemos de *orar para salvarnos*..... Lo digo, lo repito, y lo repetiré toda mi vida: *el negocio de la salvación depende de la oración*, y deseo que todos los autores en sus libros, todos los predicadores en sus sermones, todos los confesores en el tribunal de la penitencia, insistan sobre la necesidad de la oración, y digan y repitan sin cesar: ¡*Orad, orad, orad; no ceséis jamás de orar!*»

Hace mucho tiempo que leímos estas fervorosas palabras de un santo que amaba mucho á Jesucristo y á la Santísima Virgen; desde aquel momento no se han apartado de nuestra memoria, y bajo su inspiración vamos á escribir esta última *obligación de la religiosa*.

¡Ojalá que estas páginas os impresionen fuertemente y os inclinen á la oración!



Recíbidlas con respeto por el asunto que tratan, y leedlas con sosiego, pero con santa avidez. «Os vamos á conducir al manantial de todos los bienes—os diremos con san Juan Crisóstomo.—Vamos á descubrir un tesoro, de donde podréis sacar remedio para todas las necesidades, sean cuales fueren. Vamos á enseñaros un camino llano, embellecido por el río de bendiciones que lo riega, camino que os conducirá derechamente al cielo.»

«Hay en estas páginas—añadiremos con san Agustín—todo el secreto de nuestra predestinación. Orad si queréis salvaros; orad bien, y de seguro os salvaréis.»

Todo el Evangelio está compendiado en estas palabras: *El que sabe orar bien, sabe vivir bien.*

Vamos á exponer:

- 1.º *La naturaleza de la oración.*
- 2.º *La necesidad de la oración.*
- 3.º *El precepto de la oración.*
- 4.º *El poder y la eficacia de la oración.*
- 5.º *Las condiciones de la oración.*
- 6.º *Los efectos de la oración.*
- 7.º *Las principales formas de la oración.*
- 8.º *La vida de oración.*

## CAPÍTULO PRIMERO

### NATURALEZA DE LA ORACIÓN

Oración es *la elevación de nuestra alma hacia Dios.*

I. El carácter esencial de la oración, dice santo Tomás, es *unir al hombre con Dios.*

Para establecer esta unión, la oración hace que, en cierta manera, desaparezca la distancia infinita que separa al hombre de Dios; *eleva al hombre al nivel de Dios*, para que pueda hablarle, como acerca un hombre á otro con quien quiere comunicarse. Y no se trata aquí de una aproximación material, puesto que en Dios estamos, vivimos y nos movemos, sino de una aproximación del espíritu y del corazón, de una ascensión de nuestra alma hasta el Dios que se digna oírla.

Para establecer esta unión, la oración expresa siempre, directa ó indirectamente, el deseo que siente el alma de acercarse á Dios, de no separarse nunca de Dios, de vivir con Dios en la unión más íntima y la amistad más estrecha. «*He pedido al Señor una sola cosa, y se la pediré sin cesar que me conceda morar en la casa del Señor todo los días de mi vida.*» (Ps. xxvi.)

II. Esta definición de la oración, *la elevación del alma hacia Dios*, derrama copiosa luz. «*Es el vuelo del alma hacia el origen de su vida. Es el arranque del corazón, que, fatigado de las agitaciones de la vida, busca en regiones superiores el lugar de su reposo. Es el hambre divina de un sér que no encuentra alimento en la tierra. Es la vuelta de la paloma que no sabe dónde posarse, y vuelve á pedir abrigo al arca de donde salió. Es una conversación íntima y trato familiar del corazón con el mejor de los padres, la más tierna de las madres, el*



más cariñoso de los amigos. Y comprendida así, es la fuerza, el apoyo, el bálsamo, la felicidad de la existencia; es el canto que entonaremos en la patria celestial, y cuyos primeros acentos empezamos á balbucir en la tierra.» (Mons. Landriot.)

La oración es *el divino resorte* que lo pone todo en movimiento para llevarlo á Dios. «Es—añade Mons. de Segur,—la más noble ocupación que puede tener el hombre en este mundo, pues eleva y ennoblece, y hace dignas de un sér racional todas las demás ocupaciones. Es la unión del corazón con el Dios de infinita bondad, de infinita perfección, de infinito amor, que únicamente puede satisfacerle. Es el hijo que habla con su padre, el amigo que conversa familiarmente con su amigo, el pecador flaco y enfermo que pide misericordia, el culpable perdonado que da las gracias.»

III. Otro carácter de la oración que se desprende del primero, es el existir cada vez que el alma sube piadosamente hacia Dios, cualquiera que sea el pensamiento que la impulsa.

El alma ora cuando adora; ora cuando sacrifica una pasión ó un placer ilícito; ora cuando admira las perfecciones divinas; ora cuando da gracias; ora cuando se ofrece á Dios para servirle; ora, sobre todo, cuando le expone sus miserias, y haciendo de estas mismas miserias un título para presentarse ante la Majestad soberana, implora compasión y socorro. Esta miseria del alma es tan profunda, y la necesidad que de Dios tenemos es tan gran-

de, tan continua y tan universal, que *orar* y *pedir* parecen una misma cosa.

Mientras nuestra lengua pueda decirle á Dios una palabra ó pronunciar tan sólo el nombre de Jesús; mientras podamos levantar los ojos para mirar al cielo; mientras nuestro corazón pueda concebir un deseo, lanzar un gemido ó un suspiro, si dirigimos á Dios esa palabra, ese gemido, es *una oración*; si dirigimos á Dios esa mirada, es *una oración*; si lanzamos hacia Dios ese suspiro ó ese lamento, es *una oración*....., y experimentaremos consuelo, porque Dios nos responderá.

De manera que la oración nos hace mantener con Dios un comercio de alabanzas, de acciones de gracias, de amor, de ofrenda y de peticiones, siendo á la vez *una gracia*, que nunca sabremos agradecer bastante, y *una de las fuentes más copiosas de la gracia*.

IV. La oración es *mental* ó puramente interior cuando ora solamente el corazón, sin usar de la voz ó del gesto; es *vocal* cuando el corazón se sirve de las palabras para expresarla, en cuyo caso el sonido de la voz manifiesta los sentimientos del corazón. Pero tanto en una como en otra siempre es el sentimiento interior lo que forma *la esencia de la oración*. Si no toma parte el corazón, no hay oración.



## CAPÍTULO II

## NECESIDAD DE LA ORACIÓN

## I

La necesidad de la oración para todos los hombres en general, y para los cristianos en particular, está fundada en nuestra condición de criaturas.

Toda criatura es un sér que, no siendo nada ni teniendo nada de sí mismo, lo ha recibido todo de su Criador, y depende de El para todo cuanto posee, para todo lo que necesita y hasta para continuar existiendo. El hombre es criatura de Dios, lo debe todo á Dios y depende por completo de Dios para *la vida material*, para *la vida de la inteligencia ó vida racional*, y para *la vida de la gracia ó vida sobrenatural*.

El hombre no puede hallar en sí mismo alimento necesario para el sostenimiento de estas tres vidas; siempre que lo necesite ha de tomarlo de los depósitos en que Dios lo ha colocado, es decir, del mundo de los cuerpos, el alimento de la vida material; del mundo de las inteligencias, el alimento de la vida racional; del mundo sobrenatural, el alimento de la vida de la gracia.

Pero estos *alimentos* no vienen por sí mis-

mos á ofrecerse y darse al hombre; debe éste buscarlos, y para conseguirlos debe trabajar, pedir, solicitar; en una palabra, *orar*.

El *alimento sobrenatural*, alimento del alma, el único que nos ocupa, no lo ha confiado Dios á nadie, sino que se lo ha reservado especialmente. Este alimento está únicamente en Dios, y si el hombre lo quiere es preciso que para buscarlo *se remonte hacia Dios mediante la aspiración del alma*, es decir, que debe *orar*.

«Somos los *mendigos de Dios*—dice san Agustín,—pues vivimos sólo de sus limosnas, y, por lo mismo, debemos estar siempre á la puerta del Padre de las misericordias solicitando los socorros que nos son indispensables para evitar el pecado y practicar la virtud.»

El hombre es el sér que tiene *esencialmente necesidades*; Dios es el Sér que *de nada necesita*.

Exceptuando la primera gracia, que recibimos sin nuestra cooperación, y que es independiente de la oración, puesto que es el principio mismo de la oración, *es de fe que la oración es el medio eficaz y universal que Dios ha escogido para enriquecernos con sus dones*. La oración es *la llave* de todos los tesoros de Dios; es *el conducto* por donde quiere que pasen todas las bendiciones que derrama sobre nosotros; es *la respiración de nuestra alma*, que es tan necesaria para la vida sobrenatural, como lo es el aire para la vida física.

Todos los santos se han salvado por la oración, excepto los niños regenerados en el santo bautismo y que murieron antes de tener uso



de razón; por el contrario, todos los réprobos se han perdido por no haber orado. «Debemos vivir—dice san Crisóstomo—en la persuasión de que no orar es lo mismo que perder la gracia de Dios, que es la vida de nuestra alma.»

## II

La necesidad de la oración para todos los hombres en general, está fundada en la imposibilidad en que están de resistir al demonio, de hacer el menor bien, de perseverar hasta el fin.

## 1.º—IMPOSIBILIDAD DE RESISTIR AL DEMONIO SIN LA ORACIÓN

El alma se ve asaltada continuamente por el demonio; este maligno espíritu, *rencoroso* por naturaleza y, sobre todo, *envidioso* de ver á una criatura inferior á él amada de Dios y destinada á gozar de Dios, la asedia, la acosa, la tienta sin descanso.

¿Quién de nosotros no ha sentido esos impulsos al mal, casi irresistibles? ¿Quién no ha tenido en su vida momentos en que le parecía que iba fatalmente á sucumbir? ¡Oh! ¿qué hacer entonces? ¡Orar! ¡Orar! En cuanto invocamos á Dios viene en nuestro auxilio, como nos lo ha prometido, y Dios sale siempre victorioso. Dios no puede ponernos en la necesidad de ofenderle, ni manda lo imposible; la razón y la fe lo atestiguan, y la Iglesia lo ha declarado solemnemente en el Concilio de

Trento. *Cuando Dios manda, nos advierte que hagamos lo que podamos y que pidamos lo que no podamos.*

Para triunfar de las tentaciones necesita el alma *una luz para ver el peligro, precauciones para evitar las sorpresas, fuerza para resistir á los ataques*; todo esto no lo encontrará nunca en sí misma, debiendo decir siempre como Salomón: «*Sé que por mí misma no puedo ser casta*»; y si como Salomón se dirige al Señor, saldrá victoriosa; pero es preciso que pida, es preciso que ore.

«¡Ah! Algunas veces—dice el P. Ravnignán—hay que entregarse á la oración en cuerpo y alma; de lo contrario, estamos perdidos.

»Cuando te veas perseguida, perdida, trastornada, sin saber lo que te pasa..., acude á la oración como un pobre animal se arroja al agua: no discurras, no pienses, no hagas más que *nadar*, es decir, *orar*.»

## 2.º—IMPOSIBILIDAD DE HACER EL MENOR BIEN SIN LA ORACIÓN

«Sin la gracia—dice san Pablo—no podemos concebir ni un pensamiento meritorio para el cielo, ni siquiera la idea sobrenatural de la virtud.» (II Cor., III, 5.) «*Ninguno puede decir Señor Jesús, sino por movimiento ó inspiración del Espíritu Santo.*» (I Cor., XII, 3.) Y con mayor razón no podemos *desear* el bien, ni *quererlo*, ni *resolvernos á practicarlo por Dios*. Jesucristo nos ha dicho de una manera enérgica: «*Sin mí nada podéis*»; nada, ni siquiera



tener un buen pensamiento: para que éste nos ocurra es **menester** una gracia especial.

No solamente *Dios inspira el bien*, sino que *lo obra El mismo en nosotros* (I Cor., XII, 6), dándonos la fuerza sobrenatural necesaria para practicarlo; y esa fuerza que nos hace capaces de renunciarnos, **de** vencer nuestras pasiones, de practicar la *virtud*; esa fuerza del todo celestial, no se **concede** ordinariamente sino á las almas que *oran*. Esta es la condición esencial puesta por el **Salvador**, que nada nos debe; pero queriendo, **en** su misericordia, darnos su gracia, era libre **de** poner la condición que quisiera, y, sin embargo, no ha puesto otra que la de pedir. «*Pedid y recibiréis.*» (Joan., XVI, 24.)

### 3.º—IMPOSIBILIDAD DE PERSEVERAR EN LA JUSTICIA SIN LA ORACIÓN

Hemos dicho **ya** que Dios da las primeras gracias, como la vocación á la fe ó á la penitencia, aun á los que no piden; pero las otras gracias necesarias para la salvación, y especialmente *la perseverancia final*, no se conceden, dice san Agustín, sino á las almas que oran.

Aunque es indudable, dice también este santo Doctor, que Dios nos ha prevenido con la misericordia de su gracia, no es menos cierto que únicamente á los que oran concede el dón precioso de *la perseverancia final*; y si no la debe á los méritos de los santos, no la rehusa jamás á las oraciones de sus siervos. De aquí deducen los teólogos, con san Basilio, san Cri-

sóstomo y santo Tomás, que la oración es para los adultos *de necesidad absoluta*. Por consiguiente, el que no ora no puede salvarse: *se condenará.*

### III

La necesidad de la oración para las almas culpables, está fundada en la imposibilidad en que están de salir por sí mismas de su estado á pesar de su buena voluntad.

El pecado es *una cadena* que paraliza los esfuerzos de la voluntad; es *un peso* que retiene la voluntad clavada en la tierra y la impide remontarse hacia Dios; es *un atractivo* que cautiva la voluntad, manteniéndola bajo sus encantos casi á pesar suyo. Ahora bien, dice san Agustín, nosotros mismos podemos encadenarnos, pero no podemos solos romper nuestras cadenas. *La razón* nos demuestra claramente lo duro de nuestra esclavitud, pero su voz es muy débil cuando la voz del placer se deja oír en el fondo de nuestro corazón; necesitamos *una fuerza* que nos sacuda y levante en vilo, y esta fuerza es la *gracia de Dios*. No, *no hay libertad ni salvación sin la gracia*, y, por consecuencia rigurosa, *tampoco hay salvación sin la oración*; porque es de fe que la oración es el medio eficaz y ordinario en que Dios ha vinculado su gracia. De suerte que sin oración no hay gracia, no hay salvación; luego si no oramos, nuestra perdición es inevitable.

En el día del Juicio, dice san Ligorio, no ha-



brá excusa posible para el que muere en pecado. No podrá decir que no tenía fuerza para resistir á la violencia de la tentación, porque Jesús le contestará: «*Si no tenías fuerza, ¿por qué no la pedías, sabiendo que yo te la había de conceder? Y cuando caías en pecado, ¿por qué no recurrías á mí, sabiendo que yo te hubiera librado?*» A todas las personas que se dejan arrastrar por el pecado, se les puede decir con toda seguridad: *Estoy cierto de que no pedís la gracia de no sucumbir, ó que la pedís mal, ó que no la pedís bastante; la conciencia os lo dice lo mismo que yo.*

## IV

La necesidad de la oración, para la religiosa en particular, está fundada en la imposibilidad de cumplir las obligaciones de religiosa.

I. La religiosa debe *amar á Dios*, y amar á Dios es darle *el corazón* por medio de sus afectos, como lo merece la belleza y la misericordia divina; la *inteligencia* por medio de la adoración y el respeto que se debe á la grandeza de Dios; la *voluntad*, cumpliendo las órdenes de Dios, que proceden de su sabiduría; *todos los sentidos: las manos* para servirle sirviendo á los hijos de Dios; *los pies* para ir adonde El quiera enviarla; *la palabra*, sobre todo para alabarle, bendecirle y darle á conocer: y todo esto no puede hacerse sin la oración, ó por mejor decir, todo esto es *la oración*.

Debe *combatir*, y cuanto más encarnizados,

poderosos, astutos y expertos son los demonios, tanto mayor es la necesidad que ella tiene de un socorro divino que venga en auxilio de su flaqueza, cobardía é inexperiencia.

Debe *sufrir*, sufrir en paz, sufrir con resignación, sufrir con alegría y con gratitud; y como la naturaleza humana es refractaria al dolor, para conseguir esta sumisión perfecta necesita el socorro divino que proporciona *la oración*.

Debe *obedecer*, lo cual no es cosa fácil, puesto que obedecer es poner nuestra naturaleza humana, que de suyo es independiente, bajo la dirección de una persona que quizá nos es inferior por todos conceptos; es, pues, imposible obedecer sin el auxilio divino, y este auxilio no se consigue sino con *la oración*.

Por eso el estado religioso se llama *estado de oración*, y los religiosos, *hombres de oración*. La oración es la vida del religioso: la Iglesia le ha constituido reparador de las oraciones que los demás hombres no pueden ó no quieren hacer, imponiéndole *una oración* casi continua. No podría concebirse un religioso que no orase, y una casa religiosa en la cual no entrara la oración como un elemento de vida, no tendría razón de ser. Un hombre de oración es bueno para todo; por eso decía san Vicente de Paúl: «Importa mucho que los misioneros se dediquen con afecto particular á este santo ejercicio, sin el cual harán poco ó ningún fruto. Mas con la oración, que es su arma, moverán los corazones y convertirán las almas mucho mejor que con el talento y la elocuencia.»



II. La religiosa está obligada más particularmente que los demás á obedecer á Jesucristo, *el dueño* á quien se ha entregado libre y generosamente para servirle; y luego veremos que es muy serio y formal el precepto de la oración impuesto por Jesucristo.

Impulsada por el afecto de su corazón, debe también *imitar* á Jesucristo, *el Esposo* que ha escogido para vivir de su vida, y la vida de Jesucristo fué vida de oración. Ciertamente, si alguien hubiese debido dispensarse de la oración, era el Hombre-Dios; no necesitaba orar, puesto que poseía en su adorable persona todos los tesoros de la ciencia, de la sabiduría, del poder; y, sin embargo, después de haber empleado el día en los trabajos penosos de su ministerio, consagraba las noches á la oración. Huyendo del bullicio del mundo, se retiraba á la soledad ó á las cimas de las montañas, para orar con más libertad (Luc., vi, xxi). La víspera de su muerte, estando cruelmente angustiado, se puso en oración; aumentaron los padecimientos y siguió orando; oró en la cruz, oró en todas partes.

En su oración entraba indudablemente un designio de expiación, pero también una enseñanza para nosotros.

III. Por otra parte, ¿no entra en la vocación de la religiosa este designio de expiación? Ya lo hemos dicho al hablar de las tribulaciones: la oración es la que da un valor divino al dolor, lo mismo que á todos los trabajos apostólicos. La oración es la que eleva el sufrimiento hasta Dios, le mueve á aceptarle y distribuye á

las almas sus efectos santificantes. Ni el dolor, ni la predicación, ni alguna otra obra puede ser útil si la oración no le da el poder divino de convertir y conducir á Dios.

La oración es, sobre todo, *el apostolado por excelencia* de la religiosa de clausura que no puede predicar ni enseñar, y este apostolado suple á los otros, mientras que ninguno puede reemplazarle.

El apostolado de la palabra, lo mismo que el de la caridad, no puede ejercerse sobre un gran número de almas á la vez, pues está reducido por los límites del tiempo y del espacio; pero el apostolado de la oración traspasa todos los límites y puede ejercerse á la vez en los extremos opuestos del mundo; puede durar hasta el fin de los tiempos, y alcanza hasta donde alcanza el poder divino. Pues mientras que el apostolado de la palabra es *el intermediario* por el cual Dios distribuye sus gracias á las almas, el apostolado de la oración *se sirve de Dios como de un mediador poderoso* para cumplir en las almas los santos deseos que Dios le ha inspirado.

¡Oh, religiosas, orad, orad, orad! Y daréis *elocuencia* á la palabra del misionero, *fuerza, dulzura y encanto irresistible* á la Hermana de la Caridad y á las que se dedican á la enseñanza; moveréis las almas y las conduciréis á Dios.

El sér más útil al mundo no es el que contribuye con su fortuna, con sus fuerzas y con su talento á la conservación material de algunos seres como él, sino el que, con el ardor de su caridad, impide que sean devoradas por el



fuego, como lo fueron Sodoma y Gomorra, ciudades enteras pobladas de malvados, disolutos, impíos, sacrílegos, cuyos crímenes irritan al Cielo y provocan sus venganzas; el que aleja las pestes, las hambres y esos terribles azotes que tenemos harto merecidos; el que sustrae de la condenación eterna una multitud de almas que estaban alejadas de Dios; el que vela para que aumente el poder de Dios en la tierra; el que salva á los imperios y á sus césares; el que á la vez proporciona á los pueblos las prosperidades del tiempo y los bienes de la eternidad.

Todo esto es *fruto de la oración*, porque la oración atrae la protección y la bendición de Dios. Una oración bien hecha vale incomparablemente más para el bien, la paz y la prosperidad de una nación, que el mejor sistema rentístico y las más brillantes conquistas.

¡Oh, religiosas! ¡Si sabéis adorar, dar gracias, expiar, pedir, sois un bien precioso para una ciudad y para un Estado!

En la vida de la hermana María de Valence, á quien san Francisco de Sales llamaba *una reliquia viva*, se refiere que sus oraciones convertían cada día á un número prodigioso de almas. Dios le decía algunas veces: «Por consideración á ti, hija mía, voy á sacar á tantos pecadores del camino del crimen en tal ciudad, en donde se está dando una misión. Voy á poner en el camino de la perfección á tantas religiosas de este ó de aquel monasterio.....» Y á los ojos del mundo, los predicadores y directores eran los que se llevaban la gloria de aque-

llas conversiones, mientras que se debían aquella pobre viuda que no hacía más que orar en su pobre habitación.

### CAPÍTULO III

#### PRECEPTO DE LA ORACIÓN

No es la oración una práctica de consejo ó de supererogación recomendada á ciertas almas piadosas, sino una práctica obligatoria, necesaria é indispensable.

Toda criatura que tenga un corazón capaz de amar y una inteligencia capaz de comprender, debe elevar ese corazón y esa inteligencia hacia su Criador para *adorarle, darle gracias, amarle, aplacarle, invocarle y pedirle*.

1.º La oración es un precepto *formal*. «*Pedid*», dice Jesucristo, *es preciso pedir*; y las palabras que lo mandan son precisas, claras, que indican una obligación real. *Es preciso*. Jesucristo lo repite varias veces. Quiere que pidamos: *Petite*. Quiere que busquemos: *Querite*. Quiere que llamemos: *Pulsate*. (Joan., xvi, 24.) Los Apóstoles, instruídos en la escuela del divino Maestro, usan el mismo lenguaje: «*Velad y perseverad en la oración. Orad sin cesar*», dice san Pablo. (Colos., iv; I Thes., v.)

2.º La oración es un precepto *universal*.

Dios le ha impuesto á *todos los hombres*, en todas las edades y condiciones de la vida hu-



mana. *Todos deben orar*, sean cualesquiera su condición ú ocupaciones: labradores, soldados, negociantes, empleados. *Todos deben orar*, cualquiera que sea su vocación: sacerdotes, religiosos, padres y madres de familia, á fin de salvarse ellos y de salvar á los demás. *Todos deben orar*, cualquiera que sea el estado de su alma: los pecadores, para santificarse; los justos, para perseverar y no incurrir en pecado.

*Se ha impuesto este mandato para todos los tiempos.* «*Es preciso orar siempre*, dice Jesucristo, *y no cesar de orar*, porque en todo tiempo necesitamos la gracia para conservar la vida del alma, y esta gracia no la adquirimos y conservamos sino por medio de la oración.» Cuando el alma no ora, tampoco *alaba*, *ni adora*, *ni da gracias*, *ni se humilla*, *ni pide*; no obtiene ya ni perdón, ni luz, ni socorro; ya no respira más que la vida animal; es ante Dios como un cadáver, y si en ese estado fuese llamada al juicio de Dios, sería rechazada y condenada para siempre. Hay particularmente tres momentos en que llega á ser grave el precepto de la oración: 1.º, cuando el alma está en pecado mortal; 2.º, cuando se ve asaltada por una violenta tentación de pecar; 3.º, cuando se halla en peligro de muerte.

*Este precepto se extiende á todas las cosas.* «*Todo lo que pidieréis en mi nombre, os será concedido*», dice Jesucristo. (Joan., xvi, 23.) Quien dice *todo* no exceptúa nada, ni los bienes del alma, ni los del cuerpo, ni los de la inteligencia, pues de todos necesitamos.

3.º *La oración es un precepto fácil.* No pide

ni esfuerzos de inteligencia, ni trabajo de memoria, ni obliga á dejar las ocupaciones necesarias para la vida, ni es patrimonio exclusivo del rico ó del sabio. No hay duda que la oración *se formula* con palabras, pero es sobre todo *un grito del corazón que ama, y del corazón que siente necesidad.* Y ¿quién es el que no sabe decir: *¡Dios mío!* en el momento del desconsuelo? Este grito puede salir del corazón en todos los minutos del día y de la noche, y Dios, que lo oye, acude al llamamiento del alma y la atiende como si estuviera sola en el mundo.

De estas palabras de Jesucristo y de lo que hemos dicho sobre la necesidad de la oración, se sigue que, siendo ésta para nosotros *una necesidad y un deber*, es necesaria, no sólo para cumplir el precepto, sino también *de necesidad absoluta* para salvarse. El que no ora, aun cuando por un imposible no cometiese otros pecados mortales, está indudablemente en estado de condenación.

Pero no es posible que el que abandona ó descuida enteramente la oración deje de caer en culpas graves. «La experiencia demuestra —dice un obispo— que ese malaventurado es hombre carnal, lleno de inclinaciones terrenas, bajas y groseras, sin deseo de los bienes celestiales, sin gusto á la virtud, sin fuerza contra el vicio, sin culto, sin religión; en una palabra, sin Dios.»